

José Luis (cote) Quijano
cotequijano@gmail.com

1. Desde el inicio, catequista entre los catequistas.

Como ya lo había hecho Jorge Bergoglio, el Arzobispo de Buenos Aires durante 15 fecundos años, también el Papa Francisco acompañó y enseñó paternalmente a los catequistas. A su Magisterio catequético hay que sumar, también, decisiones diversas que resultaron verdaderos acontecimientos para los catequistas y para la catequesis de toda la Iglesia. A pocos meses de aquel histórico 13 de marzo de 2013, cuando concluyó el cónclave en el que fue elegido el Papa que venía del fin del mundo, él convocó al I Congreso Internacional de Catequesis que tuvo lugar en Roma desde el 26 al 28 de septiembre.

“El conocimiento de los contenidos que se han de creer no es suficiente si después el corazón, auténtico sagrario de la persona, no está abierto por la gracia que permite tener ojos para mirar en profundidad y comprender que lo que se ha anunciado es la Palabra de Dios. En esta descripción se encierran tanto la persona como el rol del catequista. En una época del fraccionamiento del saber y de la experiencia, es urgente, sostener, promover y formar catequistas capaces de captar los desafíos del tiempo presente, para ofrecer un testimonio capaz de hacer posible la propuesta del Dios de Jesucristo a nuestros contemporáneos.” Durante este Congreso, Santo Padre se dirigió en dos oportunidades a los catequistas reunidos en Roma con motivo del Congreso. Lo hizo el 27 de septiembre en el aula Pablo VI, dirigiéndose a todos los que participaban en dicho Congreso y dos días más tarde, durante la homilía de la Misa celebrada con una muchedumbre reunida en la Plaza San Pedro.



José Luis (cote) Quijano
cotequijano@gmail.com

En ambas oportunidades, focalizó su enseñanza en la identidad del catequista. Como cuando era el Arzobispo de Buenos Aires, en estas dos oportunidades, durante el Congreso, Francisco se dirigió a “sus catequistas”.

Los argentinos reconocimos bien su estilo y temáticas predilectas. Sin hacer teorizaciones sobre modelos catequéticos, no se detuvo en la filigrana de una teología reservada sólo a unos pocos, no cayó en reiteradas quejas sobre los males de este tiempo ni se entretuvo en vericuetos metodológicos. Sencillamente, les habló a sus catequistas a quienes, con exigencia educativa de pastor les dijo: _ “Ser catequistas es mucho más que trabajar de catequista”.

En la Catequesis del viernes 27 perfiló la identidad del catequista a partir de actitudes que manifiestan un don invaluable: el amor de Cristo, amor que nos hace capaces del testimonio. Se trata, según manifestó el Santo Padre de “recomenzar desde Cristo” y, para ello, precisó tres actitudes que forjan la identidad del catequista:

- La familiaridad con Jesús: sólo unidos a Él los catequistas podremos dar fruto. Sentirnos en la presencia del Señor y dejarnos mirar por Él. Esto constituye un modo de rezar y nos deja tener acceso al fuego de la amistad de Cristo. Nos hace sentir que Él verdaderamente nos mira, está cerca de nosotros y nos ama.



Pbro. José Luis (Cote) Quijano
cotequijano@gmail.com

- Imitar a Jesús en el salir de uno mismo para ir al encuentro del otro: _”porque ¡quién pone en el centro de la propia vida a Cristo se descentra! Más nos unimos a Jesús y Él se convierte más en el centro de nuestra vida, más nos hace salir de nosotros mismos, nos descentra y nos abre a los otros.” El catequista es un hombre o una mujer que, a partir de Cristo, optan por vivir una verdadera cultura del encuentro.
- No tener miedo de ir con Jesús a las periferias: ahora en las palabras del Obispo de Roma, y antes en las del Arzobispo de Buenos Aires, descubrimos el mismo impulso misionero que invita a salir al encuentro de los que no creen, de quienes se alejaron y aprendieron a vivir sin fe, a pesar de su humano e inefable anhelo de trascendencia. Y, en este reiterado llamado del Santo Padre, una vez más, su invitación a acercarnos a las periferias, sobre todo a las periferias existenciales de los que sufren y de los que tiene el corazón desgarrado por el sinsentido. Reiterando aquella contundente opción expresada en sus primeros meses de pontificado, Francisco volvió a decir que “prefiere una Iglesia accidentada que una Iglesia enferma”, una Iglesia inquieta, que sale, se mueve, se cuestiona y se arriesga. Si salimos a llevar el Evangelio de Cristo con amor, Él camina con nosotros y llega antes porque, en realidad, Él ya está en aquellas periferias a las que nosotros nos dirigimos impulsados por su llamado.

